

UNA LUCHA QUE SIGUE PERDIDA

Por: EDITORIAL: El Tiempo 01 de Julio del 2012

El informe de las Naciones Unidas contra la droga y el delito, en el mundo, y el del Simci, sobre cultivos ilícitos en Colombia, invitan a una seria reflexión sobre las estrategias contra el flagelo.

La semana pasada, al tiempo que la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD), con la presentación de su informe anual en Viena, dejaba un sabor agrí dulce por los escasos avances logrados en la lucha global contra este flagelo, la Comisión Global de Políticas sobre Drogas tildaba, en Londres, sus resultados como un fracaso.

De acuerdo con la ONUDD, la producción global y el consumo de drogas ilícitas se mantuvieron "relativamente estables", y a la delincuencia, el delito y la corrupción que se derivan de este oscuro fenómeno hay que sumar las 200.000 personas que mueren, en promedio, cada año por las dañinas consecuencias de tales sustancias en la salud.

En su informe, el organismo destacó que entre el 2006 y el 2010 hubo una disminución global en la elaboración de cocaína, impulsada por una notoria reducción de la fabricación de esta sustancia en Colombia en tal periodo.

Sin embargo, lo dicho contrasta con el más reciente informe del Sistema de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (Simci), de la ONU, encargado del censo oficial anual de narcocultivos, según el cual en este momento hay más de 64.000 hectáreas sembradas de coca en el país, unas 2.000 más que en el 2010 (año de corte del reporte presentado por la ONUDD).

La oficina de las Naciones Unidas también presentó otros datos que no pueden pasarse por alto, como el hecho de que en el planeta 224 millones de personas son consumidoras de droga; de que aumentó la producción y el uso de sustancias sintéticas ilícitas; de que entre 13 y 19 millones consumen cocaína (sobre todo en Estados Unidos y Europa), y de que entre 119 y 224 millones recurren a la marihuana.

Mención aparte merecen las drogas derivadas del opio, consumidas por entre 38 y 56 millones de personas. Afganistán, una nación martirizada por la guerra, la violencia y la miseria, es su productor número uno, con 5.800 toneladas el año pasado. En términos globales, el mundo pasó de producir 4.700 toneladas de tales sustancias a 7.000.

Soportada en datos como estos, la Comisión, entre cuyos firmantes están exmandatarios de Colombia, Brasil, México y Chile, el antiguo ministro español y exalto funcionario de la Unión Europea Javier Solana y el Nobel peruano Mario Vargas Llosa, destaca el "fracaso notable" de las políticas tendientes a reducir el suministro mundial de opiáceos ilegales como la heroína.

A juicio de sus integrantes, las estrategias de la lucha antidroga también han dado lugar a fenómenos peligrosos e impensados, como la expansión de la pandemia de sida.

De acuerdo con la Comisión, acciones como el encarcelamiento de drogadictos no violentos ha alejado a estos de los sistemas de salud, lo que ha aumentado la transmisión del VIH, una de cuyas causas principales es el uso compartido de jeringas.

En Colombia acaba de aprobarse una norma según la cual en adelante los consumidores de drogas deben considerarse enfermos que necesitan tratamiento integral para sus adicciones. Esta medida, que los aleja de los estrados judiciales y los acerca al sistema de salud, ofrece una herramienta distinta para afrontar el problema. Pero, al igual que ocurre en el mundo, el país carece de programas efectivos de prevención del consumo, que serían la base para romper el círculo comercial de este mercado.

En otras palabras, mientras haya consumidores dispuestos a pagar por dichas sustancias, habrá productores capaces de hacer lo que sea por producirlas y dispensarlas.

Los balances están sobre la mesa y corresponde a los gobiernos repensar el problema a partir de ellos, teniendo en cuenta estrategias audaces y novedosas, que no repitan fórmulas tan largamente probadas como ineficaces.